

una avenida de consuelos y de suavísimos deleites que le inunda, sucediendo unos días despejados, llenos de calma, siempre serenos, á aquellos días oscuros, nublados y turbados, de que apenas queda una confusa memoria. El que muere en el Señor muere para vivir. Esto se llama hacer fortuna. ¿Qué son hoy todos aquellos poderosos monarcas que metieron tanto ruido? ¿aquellas personas tan celebradas por sus bellas prendas de cuerpo y alma? ¿aquellos hombrones que ocuparon con tanto estrépito los primeros empleos de la Iglesia y del estado? ¿qué son aquellos imaginarios dichosos del siglo, si al cabo se condenaron? Pero, ¿y qué serán todos aquellos que no murieron en el Señor? ¿cuántos leerán estas reflexiones que merecerán la triste suerte por no haber trabajado en vida por merecer otra enteramente contraria? Es preciso vivir y perseverar en gracia del Señor, para lograr la dicha de morir en el Señor.

El evangelio es del capítulo 6 de san Juan.

In illo, tempore dixit Jesus turbis judæorum : Ego sum panis vivus, qui de cælo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum : et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo judæi ad invicem, dicentes : Quomodò potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus : Amen, amen dico vobis : nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem,

En aquel tiempo, dijo Jesus á la muchedumbre de los judíos : Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decían : ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? y Jesus les respondió : En verdad, en verdad os digo : que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sau-

habet vitam æternam, et ego gre, tiene vida eterna, y yo le resuscitabo eum in novissimo die. resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

DE LA NECESIDAD DE DISPONERSE PARA LA MUERTE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la necesidad de disponerse para lograr una santa muerte es indispensable; no hay cosa de tanta consecuencia como la muerte; no la hay mas dificultosa que una buena muerte, sobre todo cuando no se ha preparado para ella durante el tiempo de la vida. ¿Qué cosa mas irreparable que una muerte infeliz? Con todo eso, ¿qué cosa mas olvidada que prevenirse con tiempo para lograr una buena muerte?

Si se muriera dos veces, no seria tanta imprudencia arriesgarse á morir mal la primera vez; podriase reparar esta falta en la segunda; habria tiempo todavía para hacer penitencia de una mala vida y de una mala muerte. Pero una vez sola se muere; y de esta sola muerte depende una eternidad feliz, ó una desdichada eternidad.

Cuanto mas hubiéremos trabajado para el cielo, tanto mas santa habrá sido nuestra vida, y mas interés tendremos en acabarla santamente para no perder el fruto de nuestros trabajos. Es verdad que la buena muerte es ordinariamente fruto de una santa vida; pero no es menos verdad que una muerte en pecado aniquila todos los merecimientos de la vida mas ajustada; y todos los merecimientos de la mas ajustada vida no bastan para respondernos de una buena muerte. Y en medio de eso, ¿se piensa mucho en la muerte? ¿nos disponemos con mucho cuidado para

esta muerte? Al ver nuestra indolencia en punto tan importante, ¿no se dirá que no hay cosa mas fácil ni mas comun que lograr una santa muerte?

Si para morir bien no se necesitara mas que recibir los santos sacramentos, besar devotamente un crucifijo, y tal vez derramar algunas lágrimas, seria menos intolerable nuestra imprudencia. No siempre es dificultoso encontrar un hábil y zeloso confesor que nos asista en aquel último peligro; pero ¡cuántos murieron en pecado con todos estos socorros! Morir cubierto de ceniza y de cilicio; morir rodeado de sacerdotes y de religiosos es morir con edificacion; pero precisamente esto no es morir santamente. Morir santamente es morir despues de haber borrado todas las culpas de la vida; es morir en estado de gracia; es morir lleno de fe viva, de esperanza firme y de ardiente caridad; es morir con un grande horror à todo lo que el mundo ama; es morir con un amor de Dios que sobrepuje à todo otro amor. Y ¿serà todo esto muy fácil à quien amó tan poco à Dios durante su vida? ¿à quien casi toda ella la pasó sin pensar en morir bien?

¡Cosa extraña! Si uno se ha de presentar en un teatro, si ha de subir à un pùlpito para dar pruebas de su habilidad y de su sabiduria, se previene meses y años enteros para la funcion, aunque todo ello sea de bien poca consecuencia. Pero mi Dios, ¿qué tiempo de la vida se emplea en disponerse para bien morir, siendo asi que esta importantísima disposicion pide de justicia todo el tiempo de la vida?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nunca puede ser demasiada la preparacion para hacer una cosa que no se ha de hacer mas que una sola vez, y que, de acertarla ó no acer-

tarla esta sola vez, depende nuestra eterna suerte, ó dichosa ó desgraciada. Si fuera tan fácil lograr una buena muerte sin prevenirse para ella, muy necios hubieran sido los santos en afanarse tanto, y en emplear en esa preparacion toda su vida. ¿A qué fin tanto ayunar, tanta oracion, ni derramar tantas lágrimas? ¿à qué fin privarse de todo comercio con el mundo para lograr la dicha de una santa muerte, si se puede morir santamente sin todas estas preparaciones, y aun sin ninguna?

Aquel gallardo jóven, que en lo mas florido de su edad abandona todo aquello que mas lisonjea las pasiones, y se va à sepultar en vida entre las paredes de un claustro religioso, ¿qué pretende con todo esto sino disponerse para una santa muerte? ¡Nos atreveríamos à no aplaudir, à no admirar su acierto, su juicio y su resolucion! Pero qué, ¡al mismo tiempo que nuestros hermanos, que nuestras hermanas, que nuestros amigos pasan su vida en el retiro, y entregados à los rigores de la penitencia para prepararse à una santa muerte, para conseguir la gracia final; nosotros engolfados en el bullicio del mundo, sepultados ó hundidos en medio de sus pasatiempos; nosotros amodorrados en un eterno olvido de esta muerte, poseidos de una ignorancia crasa sobre la preparacion para ella; nosotros esperamos tranquilamente una muerte cristiana; nos lisonjeamos de que nos cogerà prevenidos, y que moriremos bien! Pero ¿hay cosa à que mas nos haya exhortado el Hijo de Dios que à esta preparacion, como quien tenia tan prevista nuestra negligencia?

Velad, nos dice, porque no sabeis la hora en que ha de venir el Señor (*Matth. 24*). Estad en vela y prevenidos à toda hora, porque en la que menos lo pensais vendrà el Hijo del hombre. Por lo demás, añadió el divino Salvador, lo que os digo à vosotros, à todos se

lo digo : *Quod autem dico vobis, omnibus dico. Vigilate.* Es menester estar prontos para abrir luego que el Señor llame á la puerta.

Fácilmente convienen todos en que es menester disponerse para morir bien; por eso, se teme tanto una muerte repentina; pero al cabo, ¿qué efecto produce este miedo? ¿qué preparacion hemos hecho en virtud de él hasta el presente? Entre tanto, me puedo morir dentro de pocas horas; tan poca seguridad tengo de vivir mañana, como de vivir de aquí á diez años. Si fuera hoy el último dia de mi vida, ¿estaria bien dispuesto para morir en él? Si hubiera de morir esta noche, ¿estaria todo prevenido? ¿nada tendria que temer? ¡Solo pensar en esto me estremece! Pero ¿quién me asegurará hasta aquel momento? Y si desde este mismo momento no comienzo á prepararme, ¿qué dolor, qué desesperacion en aquella postrera hora!

No lo permitais, Señor, y pues me concedéis por lo menos esta hora, desde esta misma hora, mi Dios, me quiero disponer para morir bien, con resolucion de pedirlos todos los dias esta gracia.

JACULATORIAS.

Paucitatem dierum meorum nuntia mihi. Salm. 101.

Dadme, Señor, un conocimiento tan claro de los pocos dias de vida que me restan, que no dilate un solo instante disponerme para una buena muerte.

imenti Dominum benè erit in extremis. Eccl. 1.

Solo aquellos que temieren á Dios en vida pueden esperar lograr una buena muerte.

PROPOSITOS.

No es de admirar que tantos mueran mal, habiendo tan pocos que aprendan á morir bien. La buena muerte es ciencia práctica que se debe aprender en vida; es menester estudiarla mucho tiempo para enterarse de ella; y el estudio precipitado muchas veces solo sirve para descubrir mejor lo mucho que se ignora en esta importantísima ciencia. La mejor preparacion para la muerte es una santa vida; y nuestra vida debe ser una continua preparacion para la muerte. Cada dia te ha de servir de nueva leccion y de nuevo ejercicio, pidiéndote á tí mismo cuenta todas las noches de los progresos que has hecho en este estudio. Es utilísimo ejercicio hacer todas las obras como si fuesen prevenciones para la muerte. Misas, oraciones, limosnas, obligaciones del estado de cada uno, y hasta las mismas honestas diversiones, todo nos puede servir para una santa muerte, haciéndolo todo con este espíritu. Impórtanos mucho saber el arte de bien morir; el mas sabio en todos los demás es un pobre ignorante si no sabe este gran arte.

Además de esta preparacion general, hay otras particulares que nunca se deben omitir. Todos los años has de escoger un dia para dedicarle enteramente á este gran negocio. Luego que despiertes, te has de hacer presente en la imaginacion al supremo juez, que te dice estas terribles palabras: *Redde rationem villicationis tuae*; dame cuenta de tu administracion; y en una meditacion, por lo menos de media hora, examinarás si tienes prontas y ajustadas tus cuentas. No salgas de casa sin haber ajustado todo lo que faltare que ajustar. Nada omitas, y mucho menos en nada te perdones; mira que tienes que tratar con un juez infinitamente despejado, á quien nada se le pasa;

pero que al mismo tiempo quiere remitirse á tus mismas partidas. Declara los alcances en una sincera confesion que preocupe su juicio definitivo. Despues de arreglar los negocios de tu conciencia, arregla los de tu familia. Es imprudencia esperar á la última enfermedad para disponer de tus bienes. *Fac testamentum tuum*, dice san Agustin, *dum sanus es, dum sapiens, dum tuus es*. Haz tu testamento cuando estás sano, cuando sabes lo que haces, y cuando eres verdaderamente tuyo; es decir, cuando le puedas disponer con entera libertad. Comulga como si aquella hubiera de ser la última comunión de tu vida; y si pudiere ser, sé tú el ejecutor de tus legados pios. Por la noche procura tener la oración sobre la sepultura, ó á lo menos en la iglesia donde naturalmente te han de enterrar, y donde algun dia ha de estar expuesto tu cadáver á vista del pueblo. Todo lo que leyeres en este dia ha de ser acerca de la muerte; y en él á nada has de atender, ni te has de ocupar en otra cosa que en el negocio de la salvacion. Pero no basta un dia al cabo del año; un dia de retiro cada mes es tambien una excelente preparacion para la muerte. Al fin del tomo segundo *del retiro espiritual* encontrarás admirables ejercicios prácticos para esta preparacion.